

# LA CASA DE LOS LOCOS

Ó CARTA CUARTA

DEL POLITICO MACHUCHO.

EN QUE SE CONTINUA LA MATERIA DE LA antecedente sobre la inmunidad de los bienes de la Iglesia, y se hace ver que sin su consentimiento, ningun Gobierno civil puede lícitamente arrojárseles ni disponer de ellos, ni el Papa secularizarlos perpétuamente. Se comienzan tambien á refutar en ella los argumentos de los Jacobinos contra esta inmunidad y derecho.

---

CON LICENCIA: SEVILLA: 1824.

---

IMPRENTA DE DOÑA MARÍA DEL CARMEN PADRINO.

# LA CASA DE LOS LOCOS

ó CARTA CUARTA

DEL POLÍTICO MACHUCHO.

EN QUE SE CONTINUA LA MATERIA DE LA  
anteriormente sobre la inmunidad de los bienes de la  
Iglesia, y se hace ver que sin su consentimiento,  
ningun Gobierno civil puede licitamente arrebatarlos  
ni disponer de ellos, ni el Papa sacrilegiarlos  
perpetuamente. Se comienzan también  
á refutar en ella los argumentos de los Jacobinos  
por contra esta inmunidad y derecho.

---

CON LICENCIA: SEVILLA: 1824.

---

IMPRESA DE DOÑA MARÍA DEL CARMEN PABRERO.



Cádiz 6 de Septiembre de 1823.

**A**migo y muy Señor mio: me parece muy justo y razonable que le cumpla cuanto ántes la promesa que le hice en mi anterior, dándole cuenta del progreso de nuestra discusion con el loco desesperado, que por ser de tanta importancia, merece sin duda que toquemos luego la materia, sin distraernos à otra cosa ménos digna: asi solo le digo à secas que repitiendo en el dia siguiente la visita comenzada, nos hallamos ya con nuestro loco viejo, que nos fue acompañando, como era de costumbre, hasta llegar à la presencia del furioso delirante, al qual encontramos ya algo mas templado con las razones poderosas de mi maestro: no obstante, como esto de afloxar la bolsa es el mayor suplicio que puede haber para el avaro en este mundo, se resentirá, sin embargo de todo, de la dolencia que le agitaba, y resellaba algun tanto por la herida. Apenas el Doctor lo saludó atentamente, quando comenzó à tratar de su pleito, queriendo sacar el caballo adelante por encima de tanto monton de convencimientos como habia escuchado el dia precedente. Despues de hablar sobre el asunto mas de un cuarto de hora sin la menor solidez ni utilidad, como sucede à nuestros ilustrados de moda tomó la palabra mi maestro, y con aquel nervio y fuerza que acostumbra, comenzó à decirle de esta suerte.

Me parece que las razones que os propuse ayer, tanto políticas y filosóficas, como teológicas, y canónicas bastarian sin duda para convencer à una piedra sobre el punto en cuestion; pero si aun no fueren suficientes las alegadas, oigamos el testimonio del Concilio general de Trento, reconocido en nuestra España y en todas las naciones católicas por infalible en todas sus decisiones dogmáticas, y respetada su autoridad como legítima y



agrada en el punto de que hablamos. En la *Sesion 22 Cap. 11* se expresa de este modo= „Si la codicia, raiz de todos los males, llegare à dominar en tanto grado á qualquier clérigo, ó lego, distinguido con qualquiera dignidad que sea, aun la Imperial y Real, que presumiere invertir en su propio uso y usurpar por si ó por otros con violencia, ó infundiendo terror, ó valiéndose tambien de personas supuestas eclesiástica ó seculares, ó con qualquier otro artificio, color ó pretexto, la jurisdiccion, bienes, censos y derechos, sean feudales ó enfiteuticos, los frutos, emolumentos, ó qualesquiera obvençiones de alguna Iglesia, ó de qualquier beneficio secular ó regular; de montes de piedad, ó de otros lugares piadosos, que deben invertirse en socorrer las necesidades de los ministros y de los pobres: ó presumiere estorbar que los perciban las personas, á quienes de derecho pertenesen: quede sujeto á la excomunion por todo el tiempo que no restituya enteramente á la Iglesia, y á su administrador ó beneficiado las jurisdicciones, bienes, efectos, derechos, frutos y rentas que haya ocupado, ó que de qualquier modo hayan entrado en su poder, aun por donacion de persona supuesta, y ademas de esto haya obtenido la absolucion del Romano Pontífice. Y si fuere patrono de la misma Iglesia, quede tambien por el mismo hecho privado del derecho de patronato, ademas de las penas mencionadas. El clérigo que fuere autor de este detestable fraude y usurpacion, ó consintiere en ella, quede sujeto á las mismas penas, y ademas de esto, privado de qualesquiera beneficios, inhabil para obtener qualquiera otro, y suspendido, á voluntad de su Obispo del exercicio de las órdenes, aun despues de estar absuelto, y haber satisfecho enteramente.<sup>re</sup>

Dirigidos por este mismo espíritu del Tridentino y de los demas Concilios, asi generales como nacionales y provinciales, que jamas han dexado de inculcar esta misma doctrina desde los principios de la Iglesia, hasta nuestro tiempo: la han confirmado muchas veces los mas Santos y sábios Pontífices, que han gobernado en ella, cuyas bulas apostólicas llenarian infinitas páginas, si hubiésemos de citarlas todas, y es necesario omitirlas por no molestar demasiado sobre una materia tan corriente é incontestable.



5

Apesar de todo, será muy conducente sin duda que apuntemos algunos pasages de los mas importantes, para que no quede algun género de prueba conque no refutemos los errores de nuestros modernos economistas, y manifestemos su crasísima ignorancia.

Nuestro Santísimo Padre Benedicto XIV de feliz memoria, despues de recopilar las mismas doctrinas y máximas del Tridentino en su Breve que comienza *Ut primum nobis* dirigido al Cardenal José de Lamberg en 15 de Febrero de 1744, dice lo siguiente, entre otras muchas cosas que en el toca= „Nos, pues, „delante del Altísimo, á quien ciertamente hemos de dar cuenta de todas nuestras obras, testificamos que procuraremos con todas nuestras fuerzas que permanezcan integras é intactas todas las cosas pertenecientes á las Iglesias de la Germania, bien sean Principados, ó derechos, jurisdicciones honores ó bienes que pertenezcan de derecho á los Obispados, ó Abadías, ó canonicatos, ó á otras qualesquiera dignidades eclesiásticas, y que jamas concederemos ni aprobaremos con nuestro asenso nada de lo que se hiciere ó atentare de qualquier modo contra lo que va expresado; estando como estamos del todo dispuestos á derramar toda nuestra sangre, antes que sufrir que se violen los derechos y la libertad de la Iglesia, y que se manche nuestra conciencia con semejante consentimientoto.”

Un Pontifice tan grande, cuya autoridad es la del mismo Jesucristo, que le dió sus poderes en la tierra; cuyas decisiones son reglas infalibles en la direccion de su Iglesia; cuyos mandatos son superiores á los de todos los hombres en las materias espirituales, y cuya sabiduria, como hombre particular, pesa mas ella sola que la de todos los filósofos, economistas y políticos del siglo 18 y 19, no estaria tan dispuesto á perder la vida, si la doctrina que defiende no fuese la del mismo Dios y de su Iglesia, ó fuese opinable ó dudosa, ó pudiese interpretarse en diverso sentido en algun caso.

Aun con mas claridad y firmeza se explica N. Smo. Padre Pio VI. sobre este punto en su Breve apostólico dirigido al Emperador José II. con fecha del 3 de Agosto de 1782, donde entre otras cosas, le dice lo siguiente= „Hablaemos solamente de lo que no podemos omitir, por exigirlo así la conciencia, y de-



"cimos á V. M. que privar á las Iglesias y eclesiásticos de la  
 "posesion de sus bienes temporales, es segun doctrina católica,  
 "heregia manifiesta condenada por los Concilios, abominada  
 "de los Santos Padres, y calificada de doctrina venenosa y de  
 "dogma malvado por los escritores mas respetables. En efecto,  
 "para sostener tal máxima á favor del Soberano, es preciso re-  
 "currir á las doctrinas heréticas de los *Waldenses*, *Wiclefitas*,  
 "*Husitas*, y de cuantos han sido reconocidos por sus secuaces.  
 "especialmente los libelos de estos tiempos."

No pudiera hablar mas terminantemente el Supremo Pastor y oráculo de la Iglesia, por donde nos manifiesta y declara Dios su voluntad, y nos dirige sin tropiezo, en medio de nuestras dudas, sobre las materias de nuestra creencia. Apoyado firmemente en las divinas letras, y tradicion constante de los primeros Pastores del cristianismo, en la doctrina uniforme de los Santos Padres, en los Concilios generales y nacionales de todos los siglos, en las Constituciones de los Papas sus antecesores y en la posesion no interrumpida de la misma Iglesia, confirmada por todos los Soberanos y Príncipes católicos, cosas todas tan respetables y decisivas para todos los fieles cristianos desde la cuna del cristianismo hasta nuestros dias, no ha dudado su Santidad declarar por herege al que intente privar á las Iglesias y á sus ministros de sus bienes temporales, y al que defienda tan detestables máximas á favor de los Soberanos, repuntándolo nada ménos que por *Husita*, *Wiclefita* y *Waldense* en fuerza de su doctrina, muy conforme con la de estos hereges en el punto de que tratamos.

Digannos pues, á vista de tantos documentos y testimonios irrefragables, y aun del mismo derecho natural y de gentes, que con tanta fuerza se nos presenta en el asunto, ¿en qué podrán fundar su doctrina los economistas y jurisconsultos de nuestros tiempos, que inficionados de la impiedad, ó de la vana ambicion de parecer sábios, por sus raras y peregrinas opiniones, defienden abiertamente los derechos del Estado y de sus Gobiernos; por lo que toca á los bienes temporales de la Iglesia, decidiendo impia y escandalosamente *que estos son propios de la nacion*, al mismo tiempo que se apellidan católicos á boca llena, y reclaman su honor ultrajado, quando no los tratan co-



mo á tales en razon de sus máximas venenosas? Por esta razon es preciso decir, ó que no son tan católicos como quieren parecer, ó que son mas ignorantes y necios de lo que parecen.

Pudiera citar hasta lo infinito innumerables pruebas y documentos de esta clase para confirmar nuestra doctrina, sino temiera hacer interminable esta discusion tan dulce y sazónada para todo católico. Serian repetidísimos los testimonios y autoridades que os traeria de los Santos Padres, de los teólogos, y canonistas mas respetables, de las congregaciones mas sábias del clero, y hasta de los mismos Principes cristianos y magistrados legos, que la han autorizado y apoyado, si me fuera lícito abusar de vuestra paciencia y sufrimiento; mas para acabaros de instruir completamente, y refutar los errores de muchos canonistas del dia, no puedo omitir aqui las palabras y observaciones que sobre este punto trae el célebre Tomasino apellidado justamente *el Padre y maestro de la disciplina eclesiástica*. Este dignísimo autor, tan eminente por su profunda sabiduria en esta materia, tan lleno del espíritu de la Iglesia por su vasta erudicion y conocimiento de las Santas Escrituras, de las tradiciones apostólicas, de los Concilios generales y nacionales, de las Constituciones Pontificias, de los Santos Padres y teólogos de mas nota, y últimamente, tan verdadero é imparcial sobre estos puntos, y tan poco sospechoso del *ultramontanismo* que tanto nos inculcan nuestros economistas, nos acabará de aclarar mas este asunto, y nada dexará que desear al verdadero católico, que no quiera deslumbrarse con la misma luz que lo guía y dirige en medio de sus tinieblas. En su celebrada obra de la *antigua y nueva disciplina*, *part. 1. lib. 3. cap. 3* se expresa con estas palabras, que ellas solas abrazan quanto podamos apetecer sobre la materia. — „Es digno de notarse, dice, que las Santas Escrituras y los Padres han hablado siempre de las primicias, de los diezmos, de las oblaciones y de las limosnas que se dan á los eclesiásticos y á los pobres, como de un sacrificio.... Asi como los antiguos sacerdotes se alimentaban de las victimas que habían inmolado; asi es una hostia el alimentar á los ministros del Altar y del culto.”

En el libro 4. de la citada obra, *Cap. 7.* dando despues por sentado que todos los Obispos y beneficiados no vienen á



ser otra cosa que unos meros ecónomos y dispensadores del patrimonio de Jesucristo, alega al efecto algunos pasages de Julian de Pomerio, y continúa luego diciendo— „Pero qué prueba mas convincente de lo que tratamos se puede apetecer, que la que el mismo autor añade en la continuacion del propio libro, donde dice que lo que una vez ha sido consagrado á Dios, viene á ser la herencia de Dios y el patrimonio de Jesucristo?..... *possessiones, quas oblatas á populo suscipiunt sacerdotes, non sunt inter res mundi deputari credendæ, sed Dei* &c. Nada se puede decir mas cierto ni de mas belleza, prosigue Tomasino, que lo que acaba de sentar este autor; conviene á saber, que todos los fondos y rentas que se han dado á la Iglesia, han sido consagrados á Dios, y que despues de ésto, son cosas santas y sagradas, lo mismo que los adornos y vasos del Altar.”

Hablando el mismo Tomasino en la 3.<sup>a</sup> Part. lib. 3. cap. 4. de la dicha obra sobre los bienes temporales, que desde tiempo inmemorial ha poseido la Iglesia, cita para el efecto, entre otros muchos Concilios, al segundo de *Aix-la-Chapelle* celebrados en los principios del siglo 9.<sup>o</sup>, el que apoyado sobre un pasage de S. Agustin, autoriza con el exemplo de Jesucristo la conservacion de tierras, herencias y caudales en las Iglesias.— „Finalmente, dice el Concilio, no podemos ignorar que Cristo y la Iglesia son misticamente una persona misma, y por lo tanto, las cosas que son de la Iglesia, son del mismo Cristo; las que se ofrecen á la Iglesia, á Cristo se ofrecen, y las que se usurpan á la Iglesia, se usurpan sin duda al mismo Jesucristo. *Et quæ ab Ecclesia ejus tolluntur, proculdubio Cristo tolluntur.*

Ninguna cosa mejor se puede decir en este asunto, prosigue el citado Tomasino, que lo que leemos en otro pasage de los Capitulares de Carlos Magno, donde se declara que las tierras, fincas, casas y heredades no son ménos ofrendas santas y hostias sagradas, que las que se ofrecen sobre los altares. *Todas las cosas, dicen, que se ofrecen al Señor, se consagran á Dios sin duda alguna, y no tan solamente se llaman oblaciones de los fieles los sacrificios que se consagran al Señor por mano de los sacerdotes; sino que qualquiera clase de bienes, como esclavos, campos y viñas, son tambien ofren-*



„das de los fieles: y qualquiera de estas cosas, que se ofrecen  
 „á Dios y á su Iglesia se consagran al Señor indudablemente;  
 „y pertenecen al derecho de los sacerdotes. De aquí se sigue  
 „que no siendo Jesucristo y su Iglesia mas que una misma per-  
 „sona, se quita à Jesucristo todo aquello que se quita à su  
 „Iglesia, ya enagenándolo, ya devastándolo, ya invadiéndolo,  
 „ya aminorándolo, ya robándolo ó destruyéndolo. *Et quæ ab*  
 „*Ecclesia ejus tolluntur, sive alienando, sive vastando, sive in-*  
 „*vadendo, sive minuendo, sive diripiendo, Cristo tolluntur.*”

„No se puede por lo tanto, tomar los bienes de la Iglesia,  
 „continúa el mismo autor, sin ser reos de un latrocinio sacríle-  
 „go, que solo puede expiar la penitencia pública; y los Obis-  
 „pos que son los depositarios y administradores del patrimonio  
 „de Jesucristo; no tan solo para distribuirlo liberalmente à los  
 „pobres, sino tambien para defenderlo; no pueden comuni-  
 „car de modo alguno con los autores de estas usurpaciones sa-  
 „crílegas, sino despues que hayan dado una completa satisfac-  
 „cion de su delito. *Talium verò scelerum patratoribus, nisi*  
 „*post satisfactionem, nec vivis, nec mortuis communicare de-*  
 „*bemus.* Cumplieron con este deber con tanta generosidad y  
 „zelo los Obispos del Concilio II de Aix-la-Chapelle de que he-  
 „mos hablado poco hace, que compelieron á Pipino Rey de  
 „Aquitania à restituir à las Iglesias de Guiena todo lo que les  
 „habia quitado. Le presentaron tres libros, que pueden verse  
 „en las actas de este Concilio, en los quales habian reunido to-  
 „do lo mejor y mas poderoso que se puede hallar en las Sa-  
 „gradas Escrituras y Santos Padres contra los vicios de los  
 „Grandes y Soberanos, y sobre todo, contra las usurpaciones  
 „sacrílegas de los bienes de la Iglesia. Con igual zelo y valor  
 „trató el mismo asunto el Concilio II de Toul en el año de  
 „860, haciendo ver à los Grandes de la tierra quán sacrílego  
 „y damnable atentado sea el apoderarse ellos mismos del pa-  
 „trimonio de los pobres, y de la herencia de Jesucristo, de  
 „que Dios los habia constituido defensores.”

De toda esta doctrina antecedente, que debe ser para el  
 cristiano como un principio sólido é inconcuso, se deducen ne-  
 cesariamente muchas consecuencias verdaderas é incontestables.  
 Primera. que siendo una usurpacion sacrílega el despojar à las



Iglesias de sus bienes, como lo han declarado tantos Concilios y Papas; no será ciertamente menor sacrilegio el comprar ó recibir à sabiendas los dichos bienes de mano de los usurpadores ó de sus apoderados, aunque sean Grandes, ó Príncipes, ó qualquier género de Gobierno, asi como lo seria el comprar ó recibir una alhaja sagrada de mano de qualquier ladron, sabiendo que era robada à la Iglesia. *Segunda*, que cometen igual sacrilegio los administradores del usurpador, aunque éste sea un Soberano ó el Gobierno Supremo, quando tratan de vender, enagenar, ó dar en arrendamiento las posesiones y bienes de las Iglesias por la vil codicia de los réditos ó emolumentos de su administracion, ó aunque lo hagan sin interés alguno, para dar el precio al dueño ilegítimo que los ha usurpado; asi como lo cometeria qualquier apoderado de un malhechor que vendiese un cáliz robado por éste, para convertirsele en dinero y enagenar la alhaja sagrada pues ademas de cooperar de esta suerte aquellos à la usurpacion, dando facil salida à la cosa robada; imposibilitan tambien mucho mas de este modo la restitution à su legítimo dueño. *Tercera*, que tampoco está libre de sacrilegio el que toma en arrendamiento las fincas y posesiones usurpadas à las Iglesias, sabiendo ciertamente que el precio de su alquiler no es para el dueño legítimo, asi como lo cometeria el que pagase al ladron el alquiler de una alhaja sagrada sabiendo que era robada; porque de esta suerte no solo coopera por su parte à sostener la usurpacion sacrilega; sino que estimula tambien indirectamente la codicia de los usurpadores, que sino tuviesen compradores, ni quienes les tomasen en arrendamiento las fincas usurpadas, se abstendrian por precision de sus usurpaciones, viendo que nada pudieran producirles. No digan contra ésto los compradores y arrendatarios que si ellos no comprasen ó tomasen en arrendamiento las dichas fincas y posesiones, otros innumerables habria que las compraran ó alquilaran, y que por lo tanto, no excusarian ellos de modo alguno el perjuicio que se causa à la Iglesia; porque no hay ley alguna divina ni humana, natural ó positiva que me indemnice à mi de un crimen contra un tercero, por la razon sola de que otro lo habia de cometer si yo no lo cometiera; pues por esta regla pudiera qualquier hombre defraudar al Rey



de sus derechos y rentas, solo porque habia muchos contrabandistas que hacian lo mismo, ó comprar las alhajas robadas, solo por saber que otros las habian de comprar, si él no lo executase.

Debe sin embargo exceptuarse de esta regla todo aquel arrendatario de alguna finca de la Iglesia, que la vivia y disfrutaba pacíficamente y sin dolo alguno ántes de la usurpacion injusta; pues éste no tan solo contrató con su legítimo dueño; sino que de ningun modo coopera directa ni indirectamente al robo sacrilego; ni da la menor ocasion al usurpador para estimular su codicia y realizar su delito; y aunque es verdad que paga materialmente el precio de su arrendamiento al dueño ilegítimo: es arrancándoselo éste á la fuerza y contra su voluntad; por lo que debemos pensar que la obligacion de restituir solo recae sobre el usurpador de estos bienes, ó sobre los cómplices criminosos de su delito, si este no restituyere.

Se infiere lo *quarto*, que todos los que compran ó toman en arrendamiento los bienes y posesiones de la Iglesia sabiendo que son usurpadas, deben los primeros restituir las enteramente á su propietaria legítima del modo que las hallaron perdiendo al mismo tiempo á favor de ella todos quantos gastos hayan hecho en repararlas, aumentarlas, adornarlas ó mejorarlas, que es lo que llamamos mejoras *necesarias ó útiles*, por ser un poseedor no solo de mala fe: sino injusto y criminoso, y haber gastado aquello sin anuencia y voluntad de su dueño. Del mismo modo deben los segundos restituir al propietario legítimo lo que dió al usurpador por su arrendamiento si este no lo hiciere; porque ademas de no poderse celebrar lícitamente ningun contrato sobre qualquiera cosa con el que la ha usurpado y no es su dueño legítimo; priva por su voluntad al propietario verdadero del usufruto de su finca; para dárselo al usurpador, y mantenerlo en una usurpacion, que abandonaria precisamente, sino encontrase arrendatarios ni compradores de los bienes robados. Se infiere lo *quinto*, que si el Gobierno Soberano, qualquiera que sea, extingue ó suprime de todo punto en sus dominios algun estatuto religioso, hermandad ó cofradía sagrada, ya lo haga ilícitamente por autoridad propia; ya con bulas y facultades del romano Pontifi-



ce; ya lo execute por motivos justos; ya por sus intereses y miras injustas; no tan solamente deben pasar à la disposicion de los Obispos territoriales ó de la Iglesia todas las fincas, posesiones y bienes que constituian la parte de su dotacion; sino tambien todas las riquezas, alhajas, muebles y posesiones que les dieron los fieles para el culto de Dios, sustentacion de sus ministros, socorro de los pobres y expiacion de sus pecados, hora hayan sido ofrecidas por una donacion libre y voluntaria; hora por un contrato oneroso de ciertas cargas espirituales; hora en fin, por una disposicion testamentaria

La razon de todo esto es muy clara y patente aun al entendimiento mas estúpido por muchas causas y fundamentos. *Lo primero*, porque siendo todas estas cosas consagradas à Dios en persona de su Iglesia ó de sus ministros; adquiere ya ésta una propiedad legítima y permanente por derecho natural y divino, y se hacen aquellas el patrimonio de Jesucristo, como le llaman los Concilios y Papas alegados. *Lo segundo*, porque siendo esta donacion un contrato formal entre Dios y el donante; nadie puede rescindirlos sino el mismo Dios, ó quien tenga sus poderes para hacerlo: y como nadie los tiene sobre la tierra para este efecto; ninguno hay tampoco que pueda anularlo, ni despojar al Señor ó à su Iglesia de su propiedad y posesion legítima. *Lo tercero*, porque teniendo los donantes, como hemos ya probado, una propiedad verdadera y legítima por derecho natural, sobre los bienes donados àntes de su donacion; pudieron disponer de ellos à su arbitrio, y traspasar todos sus derechos de propiedad al donatario, si el bien general del Estado ó alguna de sus leyes civiles no lo impidiese, sin que los mismos donantes ni sus parientes pudiesen reclamarlos en adelante, como sucede en toda donacion hecha por el legítimo propietario con arreglo à las leyes del Estado. *Lo cuarto*, porque siendo muchos de estos bienes y posesiones de los monasterios adquiridas por el trabajo personal de los monges, que desmontaron el terreno inculto cedido por su legítimo dueño labraron las tierras, plantaron los árboles y edificaron las habitaciones por sus propias manos; tiene por lo tanto la Iglesia sobre estos bienes no solo la propiedad de derecho natural que tienen todos los poseedores de esta clase; sino tambien la



propiedad de derecho divino, que ha obtenido por el mismo Dios, à quien han sido consagrados: de suerte, que la posesion y propiedad de dichos bienes no sólo adquiere aquella estabilidad y solidez que tiene la de qualquier propietario lego por todas las leyes naturales y civiles, divinas y humanas: sino que adquiere tambien la subsistencia y estabilidad perpétua que le da la consagracion hecha á Dios, Soberano y legislador supremo de todos los hombres, y de todos los derechos y leyes. *Lo quinto*, porque quando el Papa concede las bulas de extincion, ó da sus facultades para suprimir algun estatuto religioso ó corporacion sagrada; no despoja por ellas, ni puede despojar á Dios de su mismo patrimonio, segun le llaman los Concilios ya citados, ni privarle perpétuamente de aquella propiedad legítima que adquirió sobre dichos bienes por el órgano y ministerio de su Iglesia ó de sus ministros; porque es indudable que el inferior no puede dispensar sobre los derechos del superior, ni el hombre sobre los de la naturaleza, como se expresan los teólogos y canonistas. *Lo sexto*, porque así como el Papa en dichas bulas de extincion ó supresion de algun estatuto religioso no puede extraer á sus individuos del seno de la Iglesia, sino mudar tan solo la forma accidental de su estado; ni hacer que éstos dexen de estar consagrados à Dios; tampoco puede extraer de esta misma Iglesia sus bienes para trasladarlos enteramente al Estado secularizándolos perpétuamente; ni hacer, por este hecho, que dexen de estar consagrados al Señor, à quien ya solamente pertenecen, del mismo modo que los ya dichos monges extinguidos por esta consagracion absoluta. *Lo Séptimo*, porque siendo estas donaciones hechas regularmente por modo de contrato oneroso con obligaciones de algunas cargas espirituales que dexan los donantes para expiacion y satisfaccion de sus pecados; los despojaría entonces el Papa y el Gobierno civil del derecho natural que tienen aquellos à estos sufragios, despojando à la Iglesia de los bienes sobre que se hallan impuestas estas sagradas obligaciones. *Lo octavo*, porque así como violaria el derecho natural qualquier Gobierno que despojase á una familia de alguna parte de los bienes comunes con que se alimentaban ciertos individuos suyos, solo por expandirlos ó separarlos del Reyno: mucho mas lo quebrantaria



14  
despojando á esta familia y congregacion sagrada de la Iglesia de aquellos bienes conque se alimentaban ciertos miembros suyos; solo porque á estos los separó de sus dominios, ó mudó la forma de su instituto.

Se infiere lo *sexto* que siendo los bienes ya dichos el *patrimonio verdadero de Jesucristo*, y por lo tanto, propios de la Iglesia, segun todos los derechos y fundamentos legítimos que hemos alegado; no puede algun Monarca ó Gobierno civil despojarla de alguna parte, solo porque alguno de sus ministros y dispensadores no hagan buen uso de ellos, ó los inviertan y distribuyan indebidamente contra los fines de su institucion, como enseñan algunos: lo *primero* porque por esta razon podría tambien qualquier Gobierno despojar de sus bienes á todo aquel que los malgastase. Lo *segundo*, porque los vicios que puede haber en el uso de la propiedad legítima, no anulan de modo alguno el derecho real y verdadero que tiene el dueño sobre la tal propiedad, y solo exigen la reforma y correccion de los abusos, hecha tan solamente por quien tenga la autoridad competente, y como el Gobierno civil no la tiene sobre la Iglesia, ni sobre alguna de sus propiedades y bienes; no puede tampoco reformar los abusos que pueda haber en la administracion y dispensacion de estos bienes, y mucho ménos despojarla de ellos por este motivo. Lo *tercero*, porque los vicios que puedan hallarse en algunos individuos de una familia sobre la administracion de su hacienda no dan derecho á Gobierno alguno para penar á toda ella despojándola de sus bienes y de su propiedad legítima. Lo *cuarto*, porque la Iglesia misma ha declarado lo contrario á esta perniciosa doctrina y anatematizado este error, condenándolo solamente en el Concilio Constantiense, entre los de Wiclef, en la proposicion siguiente que decia " Los Señores y Soberanos civiles pueden á su arbitrio arrancar á la Iglesia sus bienes temporales, quando sus poseedores son habitualmente delincuentes." *Domini temporales possunt ad arbitrium suum auferre bona temporalia ab Ecclesia possessionatis habitualiter delinquentibus.*

Se infiere lo *séptimo* que la inmunidad de estos bienes no tiene su origen en las concesiones y privilegios de los Príncipes, como opinan algunos infundadamente; sino en el objeto á quien



se consagran, que es el mismo Dios en la calidad de ellos, y en el destino para que han sido ofrecidos; en las palabras del mismo Salvador dirigidas á S. Pedro quando le pidieron el tributo, donde nos manifestó claramente la libertad y exepcion de su Iglesia; *Math. Cap. 17. w. 24, 25, 26*, en la adopcion y filiacion especial de los ministros de Jesucristo, por la participacion de su divino sacerdocio, y últimamente, en las decisiones dogmáticas de la misma Iglesia, segun consta de los innumerables Concilios generales y nacionales que los han declarado libres y exentos de toda potestad temporal, reconociendo el Tridentino *Ses. 25. Cap. 20 de reform.* esta inmunidad por tan sagrada como la de las personas eclesiásticas establecida por disposicion divina.

*Se infiere lo octavo* que aunque la Iglesia se halle justamente reconocida á la generosidad y libertad conque muchos Soberanos han dotado las Iglesias y monasterios sin gravamen alguno, y protegido por sus leyes civiles la inmunidad de sus ministros; no puede tampoco dexar de defender esta inmunidad, como firme perpétua é irrevocable, despues de establecida una vez por los Príncipes, aun en el caso de deber su origen á las concesiones hechas por ellos, como sienten algunos; porque ademas de ser este un derecho comun á todas las demas propiedades adquiridas por este medio, tiene la opinion contraria la nota de ser nada ménos que la doctrina de Lutero reprobada por la Sorbona como falsa impia y cismática en aquellas palabras donde este heresiarca afirma *que si el Emperador ó el Príncipe revocase la libertad dada á las personas y demas bienes de los eclesiásticos, no se podia resistir á su autoridad sin impiedad y pecado*: proposicion tan arrojada y escandalosa, que la facultad de teología parisiense calificó sabiamente con esta censura: *hæc propositio est falsa, impia, schismatica, libertatis ecclesiasticæ enervativa, et impietatis tiranicæ excitativa, et nutritiva.*

Esta inmunidad no solo está reconocida y declarada por los Concilios, Bulas Pontificias, Santos Padres y autores eclesiásticos de mejor nota; sino tambien por los mismos Soberanos civiles (como vimos en los Capitulares de Carlo Magno ya citados) y aun por los jurisconsultos mas adictos á las re-



galias del Trono. El Colegio de abogados de Madrid en un informe que dió por orden del Gobierno en defensa de los derechos de la potestad civil, con ocasion de ciertas conclusiones defendidas en Valladolid por los años de 1770, sin embargo de atribuir erradamente el origen de esta inmunidad à las concesiones y privilegios de los Príncipes; no dudó reconocer y asegurar la firmeza irrevocable de los tales privilegios, confesando igualmente *que ellos son de una esfera muy eminente sobre todos los de otra especie.*

*Se infiere lo nono*, que siendo esta inmunidad tan firme é irrevocable, aunque procediese de los mismos Soberanos, y haciéndose tan propios de las Iglesias, como hemos visto, los bienes ya dichos, despues de habérseles donado de qualquier modo que haya sido; no pueden volver otra vez à las manos de los mismos Príncipes civiles que los donaron y concedieron, ni à las de los parientes y herederos de los demas donantes, por mas que se extingan ó supriman aquellas corporaciones sagradas y monasterios á que fueron consagrados; sino que deben pasar á la Iglesia en comun, como propietaria exclusiva y legítima de todos ellos, para la inversion y uso piadoso, que con arreglo á los Cánones, les den sus Pastores, establecidos por Jesucristo para la dispensacion y administracion de tales bienes, porque de otra suerte volverian estos á ser profanos y seculares, despues de estar consagrados á Dios tan irrevocablemente como las mismas personas de los ministros extinguidos; y asi como éstos no pueden perder su inmunidad y consagracion, por mas que los remuevan de sus Iglesias; asi aquellos no pueden tampoco dexar de ser inmunes, sagrados y propios de la Iglesia, por mas que varien de lugar y de manos.

*Se infiere por último*, que esta inmunidad y propiedad, de que goza la Iglesia sobre estos bienes, no perjudica en nada al Real Erario, ni recarga á los de mas vasallos en los impuestos establecidos para las necesidades del Estado; pues no es lo mismo contribuir voluntariamente, que dexar absolutamente de contribuir en las urgencias del reyno, que era lo que perjudicaria tan solamente á los demas individuos: y aunque afirmemos que la Iglesia disfruta de esta inmunidad y excepcion por derecho divino y eclesiástico; no por eso ella se ha negado jamas á su-



fragar generosamente á los gastos del Estado, haciéndose por el orden que prescriben los Sagrados Cánones. Buenos testigos són de esta verdad los innumerables Reyes ó Soberanos que solo en nuestra España han dirigido sus súplicas á Roma en los pasados y presentes tiempos, y han obtenido siempre de la Silla Apostólica las cuantiosas sumas y donativos, que os haré ver mas adelante: mas si queremos consultar sobre este punto á nuestro mismo Gobierno, oigamos el informe dado en 1765 por el Fiscal del Consejo Don Lope de Sierra, quien en una nota adjunta no dudó decirnos *que en la España los eclesiásticos y los bienes de las Iglesias, tanto los antiguos, como los nuevamente adquiridos por varios indultos pontificios impetrados y obtenidos por sus Monarcas, contribuian acaso mas que los seculares.* Con mucha mas seguridad hubiera hablado sobre esta materia, si trasladándose al anterior Pontificado, hubiese visto que muchos Cabildos y eclesiásticos habian ya recurrido á Benedicto XIV, suplicándole que los igualase siquiera á los seglares en las contribuciones que estaban pagando, y hoy en el día estamos ya tocando por un calculo nada exágerado que contribuyen aquellos al Estado con dos terceras partes de sus rentas, sin los pedidos extraordinarios que se les hacen frecuentemente con la autoridad apostólica. En los donativos voluntarios que se exigieron de las corporaciones eclesiásticas en el reynado del Sr. D. Carlos IV me confesó por su misma boca el Sr. Ministro de Hacienda, que estaba entonces encargado en este ramo, que solo de los conventos y monasterios de uno y otro sexò habia sacado el Real Erario mas de 40 millones para las urgencias de aquéllos tiempos. Mediten, pues, los mal intencionados que blasfeman contra la libertad de la Iglesia para conciliarla el odio de los pueblos, si ha habido algun secular que haya contribuido tanto como ella al Estado, en medio de la inmunidad sagrada de que goza por derecho divino.

Pero si á nuestros políticos y economistas les parecen pocas tantas pruebas incontestables sobre la propiedad y derecho que la Iglesia tiene á sus bienes: si tantos Concilios, bulas pontificias, autoridades de Santos Padres, testimonios de los autores mas clásicos en materia de disciplina y aun de los mismos Soberanos y Jurisconsultos no les convencen de su impiedad, ó



de su ignorancia; registren los anales de todos los siglos, y tiemblen al leer la historia sagrada y profana, donde hallarán, para su escarmiento, una confirmacion repetida de nuestra doctrina en los horriblos castigos, con que Dios celoso de su honra y del honor de su Iglesia, ha querido poner freno al atrevimiento de los usurpadores, que con mano sacrilega se atrevieron á apropiarse las riquezas y bienes consagrados al Señor en sus Santos templos y establecimientos sagrados. Allí verán en el segundo libro de los Macabeos *Cap. 3.* á un Heliodoro ministro de hacienda del Rey Seleuco Filopator azotado cruelmente por los mismos Angeles del Señor, por haber querido extraer las riquezas del templo Santo de Jerusalem por mandado de su Soberano. Allí verán en el libro de Daniel *Cap. 5.* al Rey Baltasar sentenciado por una mano visible que Dios le envia escribiendo en la pared, y despojado de su reyno por haber profanado los vasos sagrados del templo Santo, usurpados ántes por Nabucodonosor su abuelo. Verán luego en la historia profana á un Gunterico Rey de los Wándalos muerto repentinamente en los mismos umbrales del templo de San Vicente, por haber querido entrar á saquearlo. Verán en nuestra misma España á un Don Alonso Rey de Aragon consumido de trabajos y calamidades, por el despojo que hizo de los templos. Verán á la Reyna Doña Urraca muerta de repente en las mismas puertas de San Isidoro de Leon, por haber usurpado sus tesoros. Verán al Rey Don Sancho de Aragon atravesado el brazo de una saeta, por haber llegado con mano atrevida á las riquezas de las Iglesias. Verán al Rey Don Juan el 1.<sup>o</sup> perdiendo ignominiosamente la batalla de Aljubarrota, por haberse servido en ella del tesoro de Guadalupe, cuando por el contrario el Rey San Fernando ganó la de Sevilla al dia siguiente de haberse negado á valerse de las alhajas de las Iglesias para continuar el sitio de esta ciudad, como le aconsejaban muchos de sus ministros y capitanes. Notarán por último, tantos castigos, y exemplares de esta clase en todas las historias, que apenas verán un Soberano usurpador de los bienes consagrados á Dios, que no haya experimentado la mano dura del Señor sobre su persona, ó sobre su reyno.

Más si tanto deben retraernos las innumerables razones y



testimonios alegados de las perniciosas máximas y doctrinas que autorizan como lícito el despojo de las Iglesias, adjudicando sus rentas y bienes al Estado como suyos propios; ¿cuánto no debemos abominarlas en estos tiempos del Jacobinismo, sabiendo claramente las intenciones y fines de sus sectarios en esparcir semejantes doctrinas? No es necesario mas para conocer aquellos, que leer atentamente la correspondencia secreta de los impíos que abortó la Francia, la Prusia y la Baviera en el siglo 18. Allí vereis que el primero y el mas indispensable paso para destruir la Religion de Jesucristo, á quien llamaban ellos el *infame*, era acabar enteramente con los monasterios y órdenes religiosos, con las riquezas de estos santos institutos, y con los bienes y propiedades de las Iglesias. Aunque no tuviéramos tantos y tan auténticos testimonios de estas siniestras intenciones en los planes originales de los primeros sofistas de la impiedad; en el código desorganizador de Weishaup, y en las innumerables cartas dirigidas á sus adeptos para el efecto: aunque no las hubiesemos ya visto realizadas en la desgraciada Francia por los años de 92 del pasado siglo: aunque tantos y tan repetidos discursos de los Jacobinos no nos convenciesen de esta verdad; no pueden menos que demostrarla evidentemente las palabras sacrílegas con que se expresa el impio Federico Rey de Prusia en una carta que dirige á Voltayre sobre este asunto en 24 de Marzo de 1767. „No está reservado à las armas, le dice, la destruccion del *infame*; morirá à manos de la verdad y de la seduccion del interés. He notado que los paises en donde hay mas conventos de Frayles, son los que están adheridos mas ciegamente à la supersticion (à la Religion.) No hay duda en que si se llegasen à destruir estos asilos del fanatismo, se llegaría à hacer al pueblo indiferente hácia estos, que ahora son el objeto de su veneracion. *Se tratará por tanto de destruir los claustros, ó à lo ménos de comenzar á disminuir su número.* Llegó el momento; por que el gobierno Frances y el Austriaco están de tal modo empeñados que han apurado todos los recursos de la industria para pagar sus deudas y no pueden. El cebo de las ricas Abadias y de los conventos de grandes rentas es una tentacion terrible. Yo creo que se les deterrminaría à hacer estas reformas, representándoles el mal que



„ los Frayles hacen á la poblacion de sus Estados, y el abuso  
 „ del gran número de encapillados que llenan las provincias, y  
 „ al mismo tiempo la facilidad de pagar una parte de sus deu-  
 „ das, aplicando los tesoros de estas comunidades que no tienen  
 „ sucesores; y es de presumir que despues de haber gozado ya  
 „ de la secularizacion de algunos beneficios; su codicia engulli-  
 „ rá despues los otros restantes. Todo gobierno que se determi-  
 „ ne á esta operacion, *será amigo de los filósofos, y partidario de*  
 „ *todos los libros que atacaren las supersticiones populares, y el*  
 „ *falso celo que quiere oponerse.* He aquí un pequeño proyecto  
 „ que propongo al exámen del patriarca de Ferney: (Voltayre)  
 „ á él, como á padre de los fieles, toca rectificarle y executarle:  
 „ Quizá me objetará el patriarca *qué se hará con los Obispos;*  
 „ á lo que respondo que aun no es tiempo de tocarlos, y que es  
 „ preciso empezar por destruir á los *que atizan el fuego del fa-*  
 „ *natismo* en el corazon del pueblo. *En resfriándose éste,*  
 „ *los Obispos llegarán á ser unos garzones, de los quales harán*  
 „ *los Soberanos quanto gusten de allí adelante.*“

Nadie ignora que estos *atizadores del fuego* son los religio-  
 sos, y que este *fanatismo* es la Religion Santa de Jesucristo, que  
 aquellos mantienen con sus continuas tareas *en el corazon de*  
*los cristianos*, como se expresa este alucinado filósofo, que tragó  
 insensiblemente la ponzoña, sin preveer que los primeros efectos  
 de ella habian de recaer sobre su misma cabeza. Tales eran, sin  
 embargo, por entonces los consejos y planes de un Príncipe se-  
 ducido, que se hizo famoso á un mismo tiempo, tanto por sus co-  
 nocimientos militares, como por los errores de su corazon, y por  
 los proyectos abominables de su impiedad, que han costado tan  
 caros á su Trono y á los restantes de la Europa; pero eran tan  
 del gusto de su patriarca *Voltayre*, que le contestó éste inmedia-  
 tamente con fecha 5 de Abril del mismo año, diciéndole de este  
 modo. „ Vuestra idea de atacar por los Frayles á la *superstición*  
 „ *cristicola* (la Religion cristiana) es de un gran capitan. Abor-  
 „ lidos una vez los Frayles, queda el error (la fé católica) ex-  
 „ puesto al desprecio universal. En Francia se escribe mucho  
 „ sobre esto; todos hablan de ello; pero no se ha creído toda-  
 „ via maduro el asunto. No hay bastante valor en la Francia:  
 „ aun tienen crédito los devotos.“



A vista de estos dos solos testimonios de los enemigos del cristianismo, que traxo mi maestro tan oportunamente, no hay ya que indagar, amigo mio, cuál es la utilidad que traen los Frayles à la Religion de Jesucristo, y por lo tanto, al Estado; porque destruida aquella, tiene bien acreditado la razon y la experiencia que cae luego por tierra este, faltando ya al vasallo la ley interna que le rinde y sujeta à las autoridades, que le hace fiel à su Soberano y buen hermano y amigo de sus conciudadanos, *no solo por el temor de la ira, sino por su misma conciencia, como dice el Apostol (ad Rom. c. 13 v. 5)* pues sin aquella ley, perderá qualquiera la subordinacion à las Potestades, levantándose contra ellas, y violando la justicia para con sus semejantes, siempre que pueda eludir la pena de las leyes civiles, ó tenga bastante poder para derribar al Soberano de su Trono.

Tampoco hay para qué preguntar, vistas estas dos cartas, cuáles son los fines que tienen los impíos Jacobinos en usurpar los bienes y propiedades de las Iglesias y monasterios; pues ellos mismos nos dicen *que destruyendo ó aminorando à sus ministros y Pastores por medio de estas usurpaciones, se hará el pueblo indiferente para con estos que lo dirigen*; se entibiará el fervor de los fieles sin su doctrina; *quedará la Religion expuesta al desprecio universal*; faltará la frecuencia de los Sacramentos que mantienen su fe y su caridad cristiana, y caerá de este modo por tierra toda la Iglesia y la doctrina del Crucificado, y con ella los Gobiernos mas sólidos que se apoyan sobre esta base.

Si estas, amigo mio, parecen à Vd. acaso meras conjeturas, si los desórdenes de esta clase que acabamos de tocar en nuestra misma España, os dixeren todavia que son efectos irremediables de las revoluciones; que establecido y solidado ya tranquilamente el gobierno constitucional, caminarán todos sin tropiezo por la senda amena de la felicidad, y que la causa de tantos debates y trastornos es la contradiccion que le oponen los enemigos mal contentos de las nuevas instituciones, como pretenden persuadir à todos los hombres los sofistas de la impiedad y de la anarquía; cotejad detenidamente los hechos con sus planes; combinad los resultados con sus intenciones; y vereis al momento que tantos estragos son hijos necesarios de sus meditadas com-



binaciones, y no accidentes pasajeros de las rebeliones: que no es posible tranquilizarse jamas semejante gobierno, y que la oposicion que encuentra siempre en los buenos, honrados y virtuosos ciudadanos de todas las naciones, es un dique preciso é indispensable para contener el ímpetu arrebatado de un torrente, que daría fin de todos los Estados si no se le opusiese con el valor y constancia que se ha visto en España.

Os demostraré esto indubitavelmente un exemplo bastante palpable con que quiero comprobarlo. Suponed por un instante que yendo camino de Sierra Morena con gente armada en persecucion de malhechores, tropezais en uno de sus bosques con una cueva de asesinos y ladrones, que tuvieron que escapar repentinamente de ella al ver venir la tropa: alli encontrais sobre una mesa ó en algun escondrijo un papel ó cuaderno, donde hallais escrito un plan difuso y circunstanciado para robar esta casa en Sevilla, la otra en Cadiz, esotra en Malaga y otras varias en distintas capitales, baxo ciertos ardidés y reglas que se expresan en aquel folleto, asesinando juntamente ó maniatando à sus dueños y à todos aquellos que pudiesen estorbarlo. Al cabo de mucho tiempo van apareciendo robadas todas aquellas casas, y asesinados ó maniatados sus amos, baxo aquellas mismas reglas y astucias que hallasteis escritas en el plan aprehendido por vuestras manos, y realizados todos los proyectos que alli habian estampado los fugitivos salteadores. Ahora bien; despues de esta identidad de los resultados con los dichos planes ¿diriais por ventura que aquellos robos y asesinatos eran efectos casuales ó accidentales del alboroto é invasion repentina de los ladrones; que se tranquilizarían al fin aquellos malhechores con dexarlos emplearse impunemente sobre aquellos desdichados ciudadanos, y que estos al cabo serían felices con el mando y dominio de semejante gente? ¿diriais en fin, que la causa de aquel trastorno, y de aquellos malos tratamientos era tan solamente la resistencia y oposicion que les hacian los dueños y vecinos, y que si hubiesen estos dexado obrar libremente à los ladrones, no hubieran ellos cometido tales delitos, sino que hubieran por el contrario cometido de bienes à aquellas desgraciadas familias?

Si así pensaseis, era preciso decir que habiais perdido el juicio, y que erais mas estóridos que los mismos brutos, porque



atribuiais tales efectos à unas causas muy contrarias à ellos, y à un origen muy diverso del verdadero que visteis por vuestros mismos ojos en aquel plan interceptado, que os manifestaba claramente las intenciones de aquellos malvados, y los crímenes que habian proyectado cometer sobre aquellas infelices familias, si pudiesen llegar à realizarlos.

Pues vea Vd. el mismo caso en que nos hallamos ahora. En los archivos de los Jacobinos, aprehendidos principalmente en la Baviera por su Soberano, y aun en algunas otras naciones en los medios y fines del siglo pasado se fueron encontrando en todos sus papeles y escritos originales varios planes y proyectos muy bien trazados y meditados de una triple secta, cuyos fines, votos, y juramentos eran destruir enteramente toda Religion revelada, para entregarse ciegamente à sus pasiones brutales sin el freno de la conciencia; todos los Tronos y Gobiernos legítimos para usurparlos ellos; toda la grandeza y nobleza de las naciones, y todas las propiedades y derechos de los demas ciudadanos, para enriquecerse á costa de sus valores y riquezas. Todos los códigos y escritos de estos sectarios, con todas sus cartas y correspondencias, hablan claramente del orden y modo de realizar estos criminales proyectos. En todos estos documentos auténticos no se ve mas que los ardides y medios ingeniosos que se habian de tomar para empobrecer la Iglesia; para hacer despreciables à sus ministros, para exterminarlos de la tierra con la muerte ó el ostracismo perpétuo, y para acabar de esta suerte con la Religion Sacrosanta de Jesucristo. En ellos se encuentran despues las medidas que se habian de adoptar para hacer lo mismo con todos los Soberanos y Gobiernos civiles; con todas las clases y gerarquias; con todos los nobles y grandes de las naciones, y con todas las propiedades y riquezas de los acaudalados, à fin de cargar con todo sin que nadie pudiese estorbarlo. Quien quisiere ver y exáminar estos documentos con sus fechas, lugares y circunstancias detalladas, lea las *memorias para la historia del Jacobinismo* del abate Barruel, y nada le quedará que dudar sobre este punto. La apatía y descuido de los Soberanos que reinaban por aquel tiempo en la Europa, ó por decirlo mejor, la prepotencia y astucia de la secta, que habia colocado á sus adeptos en los primeros destinos y puestos de los Gobiernos,



hizo que por entonces se despreciasen los tales proyectos y planes, como debiles, impotentes é impracticables, á pesar de que el Elector de Baviera los hizo imprimir y circular á todos los Gabinetes, y éstos por último vinieron á dormirse de todo punto bajo la sombra de su vana confianza. No tardaron mucho en despertar algun tanto pues á pocos años comenzaron ya á dar la cara los dichos sectarios en una multitud crecida de libros, periódicos y papeles públicos, con que alucinaron á los pueblos incautos, para enredarlos dulcemente entre sus venenosas y sangrientas tramas, hasta que últimamente se vieron realizados todos aquellos planes al pie de la letra, así en la Francia, como en otras naciones, que pagaron su descuido y credulidad con la destruccion de la Religion Sacrosanta, con el saqueo de las Iglesias, con el exterminio de sus Pastores y ministros sagrados, con las revoluciones mas sangrientas, con el destronamiento y muerte de sus Soberanos, con el robo de sus propiedades, con la abolicion de la nobleza, y con el degüello general de los Sacerdotes que no pudieron escapar de sus manos, y de todas aquellas personas que osaban oponerse á tantos desórdenes.

Por los años de 1812 aparecieron los dichos sectarios en nuestra España con la misma constitucion que establecieron en la Francia, para asolar con sus falsos y destructores principios los fundamentos mas sólidos de los Gobiernos, y al momento se conoció que sus operaciones y pasos eran hijos de la misma escuela y de los mismos planes; pues luego inmediatamente comenzaron á producir los mismos efectos de impiedad, de robo, de anarquía y de libertinage que en la Francia, hasta que la venida y presencia de nuestro Monarca desbarato sus proyectos asoladores con el auxilio y vigilancia de la Sta. Inquisicion y de la fuerza armada.

Pero no piense Vd. amigo mio, que la secta Jacobina desistió un momento de su empresa; pues ganando cada vez mas terreno sobre sus mismas desgracias, volvió al fin á sacar la cabeza en nuestro suelo por los años de 1819, en que comenzamos á llorar los funestos desórdenes que aniquilaron á la Francia; y hemos visto por último reproducidos en nuestro pais, por nuestra incredulidad, descuido é ignorancia, aquellos mismo pla-



nes y proyectos, que se encontraron en sus escritos trazados con tanta astucia. Hemos visto en nuestra infeliz patria aquel cuadro tan espantoso y funesto de impiedad, de robo y de exterminio que ya os tengo bosquejado anteriormente. ¿Y podremos aun decir sinceramente que la usurpacion de los bienes sagrados, que la extincion y ruina de las Iglesias y monasterios, que los insultos y destierros frecuentes, que la expatriacion de los Obispos, que la persecucion y odio contra los Sacerdotes, que el asesinato de muchos ministros y aun Pastores respetables, que las innumerables victimas sacrificadas al furor de los Jacobinos, que la deposicion de todos los empleados justos, que las repetidas alarmas contra las autoridades, que las asonadas y tumultos contra los hombres de bien, que el saqueo violento de sus casas, que la miseria y empobrecimiento de las familias honradas y aun de toda la nacion entera, y ultimamente, que las asechanzas continuas á la vida del Soberano y los escandalosos ultrajes contra su sagrada persona, con otros horribles desórdenes de esta clase que hemos experimentado por espacio de tres años y medio, pueden tal vez ser efectos naturales ó casuales de las revoluciones, y no consecuencias necesarias y ensayos de aquellos meditados planes que vimos escritos para todas las naciones y Gobiernos, que trataban arruinar baxo las mismas y uniformes reglas contenidas en aquellos? ¿Podremos afirmar, que siendo en todas partes tan uniforme la marcha de los sectarios, y tan conformes con sus proyectos sus operaciones y pasos, son diversas las causas que los producen? ¿Nos persuadiremos todavia que con el tiempo llegaría á tranquilizarse esta tempestad, y que haríamos nuestra felicidad baxo la sombra de un sistema y Gobierno tan depravado? ¿Podremos creer, despues de estos antecedentes, que si la marcha de semejante Gobierno no encontrase oposicion alguna que lo contuviese en sus sanguinarios proyectos, viviríamos pacíficos y seguros baxo sus palabras y promesas fingidas? ¡Ha! bien claro nos ha hecho ver la experiencia que mientras mas se ha retardado esta resistencia en las naciones, han sido cada vez mayores los estragos que han experimentado, llegarían por último á tocar su total exterminio, si ninguna oposicion se le hiciera, como sucedió en la Francia por la mucha superioridad de sus fuer-



zas, pues nadie ignora que un torrente impetuoso todo le asolaría, si no encontrase la firme roca que le detuviese el paso.

En fin, amigo mio, si quiere Vd. conocer á fondo los efectos tristes que deben seguirse á estas usurpaciones violentas de los bienes sagrados de la Iglesia, y los siniestros fines que se proponen los Jacobinos en practicarlas, oiga Vd. á nuestro Santísimo Padre Pio VI de feliz memoria, en su Breve dirigido al Cardenal de *Rocheffoucault* en circunstancias semejantes á las que hoy nos afligen „ ¿Quién no ve, dice, que uno de los objetos de „ los usurpadores, en esta invasion de bienes eclesiásticos, es pro- „ fanar los templos, envilecer á los ministros de los altares, y „ alejar en lo futuro á todos los ciudadanos del estado eclesiás- „ tico? Apenas habian comenzado á poner las manos sobre esta „ empreza, quando el culto divino fue abolido, las Iglesias cer- „ radas, robados los sagrados vasos, y el canto de los divinos „ oficios interrumpido. Para poner en fin el colmo al desprecio „ y á la abyeccion extrema, en que se intenta sumergir á los Obis- „ pos, se les precisa á recibir de tres en tres meses, como merce- „ narios, un triste salario, con que no podrán socorrer ya la mi- „ seria de tantos pobres como cubren el reyno, y mucho ménos „ sostener la dignidad del caracter episcopal. Esta nueva insti- „ tucion de porcion cógrua para los prelados contradice á to- „ das las antiguas leyes, que asignan á los Obispos y á los Curas „ fondos de tierras, que deben administrar ellos mismos, y recoger „ sus frutos....pero hoy lo necesario para la vida de los Obispos „ dependerá de tesoreros legos, que podrán rehusarles su salario, „ si se oponen á los decretos perversos de que acabamos de hablar.“ Estos eran los de la asamblea Jacobina de Paris, que como hemos visto, ha imitado ya y reproducido nuestro congreso nacional, para contener de este modo el zelo Santo de los prelados eclesiásticos contra sus violaciones sacrilegas, y no tener quien les estorbe, ni rechase los ataques exterminadores, que hemos visto dar tan directamente en nuestros dias á la Religion y al Estado.

Si con tan evidentes pruebas y repetidos desengaños hay alguno todavia que viva aficionado á un sistema tan cruel, asolador y capcioso, digo y repetiré mil veces que éste será sin duda



ó mas estólido y negado que los brutos, amantes por instinto de su propia conservacion; ó mas inmoral y corrompido que los mismos demonios, en quienes no se halla esperanza alguna de correccion ni de enmienda. Pero volvamos, amigo mio, á la discucion de mi maestro con el demente desesperado, á quien ya pensaba haber concluido, sino hubiera visto por su desgracia que considerando otro mas licurgo el oprobio de su compañero, salió luego á su defensa, pidiendo la palabra con muchos ademanes y cortesias, que indicaban algun lucido intervalo de su locura. Mallo, dixo el loco acompañante, acercandose con disimulo al Doctor: este sin duda ha invertido siete ú ocho millones en fincas, y por eso le ha picado la mosca mas vivamente que á ninguno; y si no verá Vd. ahora lo que desembucha por esa boca de argumentos y razones para no soltar las posesiones que quiere sostener con la capa honrosa de catolicismo; porque hay muchos de éstos que saben de memoria todós los periódicos y papeles que se publicaron en Francia y se han copiado en España contra la inmunidad de la Iglesia, para cubrir sus robos sacrílegos; y asi no hay Santo que pueda barajarlos.

No se engañó mucho el loco; pues en seguida se puso en pie algo mas alterado, y comenzó á decir de esta manera. He oido con gusto vuestras reflexiones sobre el punto en cuestion, y aunque no dexan de parecerme bastante solidas y convincentes, quisiera sin embargo que me desataseis algunas dificultades que se me ocurren sobre la materia. La primera objeccion que se presenta contra esa inmunidad de la Iglesia tan decantada, es haceros ver en el propio Evangelio ya citado que su mismo fundador y cabeza Jesucristo pagó por si y por San Pedro el tributo del *didrachma* á los Emperadores romanos; luego con esto quiso enseñarnos que no es tan libre é inmune la Iglesia como pretendéis, y que está obligado, como los demas vasallos y miembros del Estado, á las contribuciones civiles.

Es muy cierto, dixo mi maestro, el hecho que me citais, pero en el mismo lugar del Evangelio, que habeis alegado, hallareis la contestacion á vuestro argumento: tened la paciencia de oir todo el pasage, y quedareis convencido de lo que digo. Habiendo llegado el Salvador á *Capharnaum*; nos dice la histo-



ria evangelica *Cap. 17* que se acercaron à Pedro los que cobraban los *didràchmas*, y le dixerón que si su Maestro no los pagaba; però respondiéndolo el Apostol afirmativamente, entró en la casa para decírselo á Jesus, el qual le satisfizo, aun ántes que le hablase, preguntándole que si los Reyes de la tierra cobraban el tributo ó el censo de sus hijos, ó de los estraños; y como le respondiese *que de los estraños*; le dixo entonces el Señor: *luego los hijos están libres; mas porque no los escandalicemos, ve al mar, y echando el anzuelo, abrirás la boca del primer pez que sacares, donde hallarás un estatero, que darás por mi y por ti.*

En este pasage se nota una solemne protesta que hace Jesucristo de la libertad que debia tener la Iglesia y sus ministros; pues por las mismas palabras del Redentor se muestra claramente, dice el Padre San Agustin, que quando dixo Cristo *luego los hijos son libres*; debia sin duda entenderse que en qualquier reyno del mundo eran exentos y de ningun modo tributarios los hijos propios y naturales de aquel Monarca; luego mucho mas libres deben ser, en qualquier imperio terreno, los hijos de aquel reyno celestial, baxo cuya potestad se hallan todos los reynos de la tierra.

Nadie puede ignorar que hablando el Salvador en este pasage con relacion á su persona y á la de Pedro, que fueron las cabezas y piedras fundamentales de su Iglesia; declaraba tambien por hijos mas legitimos y especiales de Dios y de su reyno celestial á todos los ministros de ella, á causa de la filiacion ó adopcion especial que estos adquieren por la participacion de su divino sacerdocio: luego ninguna autoridad de la tierra puede hacerlos tributarios, ni disputarles aquella libertad é inmunidad de que gozan por derecho divino, y por una declaracion solemne del mismo Dios y celestial Maestro Jesucristo. Es verdad que este divino Salvador no se negó á pagar el tributo; però lo hizo voluntariamente, y por no escandalizar á los recaudadores y ministros del Emperador, como dixo el mismo Señor; mas no por una obligacion legal que tuviese el ni sus ministros de pagarlo; pues bien claramente protesta y declara esta inmunidad anexa y correspondiente á los hijos del reyno celestial.



„Mas terminantemente nos hace advertir esta inmunidad  
 „el Padre San Geronimo, dice Tomasino, *Part. 2. lib. 3. Cap.*  
 „4. manifestándonos que si Jesucristo pagó de aquel modo, no  
 „teniendo otro para pagar; fue sin duda alguna; porque lo que  
 „estaba confiado á la custodia de Judas era el sustento de los po-  
 „bres, que está exento de estas imposiciones; y como todos  
 „los bienes de la Iglesia son de esta naturaleza, por esta  
 „razon los considera tambien este Santo Padre francos y  
 „libres de todo pecho. *Convertir el tesoro de los pobres en sus*  
 „*propios usos*, dice el Santo Doctor, *lo juzgó el Señor por una*  
 „*maldad, y nos dexó este mismo exemplo á nosotros.*“ Asi es  
 que la Santa Iglesia lo ha seguido en todos tiempos, y de-  
 bieran tenerlo nuestros economistas y filósofos impíos, quan-  
 do pretenden asalariar á los Pastores y ministros de la Igle-  
 sia, dexandoles lo muy preciso para alimentarse, como si  
 los bienes de esta Madre piadosa y de sus ministros no tu-  
 viesen mas objeto que ese y no estuvieran destinados tam-  
 bien, al culto de Dios y al sustento de los pobres, cuyas ne-  
 cesidades están á cargo de los eclesiásticos principalmente, co-  
 mo dispensadores y ecónomos que son de su patrimonio por  
 derecho divino.

Con que venimos á concluir de todo esto, que si Jesucristo pa-  
 gó el tributo, ni fue de los bienes y tesoros de la Iglesia de-  
 positados en un ministro suyo para el socorro de los pobres;  
 ni lo hizo tampoco por una obligacion legal que tuviese; si-  
 no que lo pagó, como dixo, por evitar el escándalo, protestando  
 ántes la inmunidad que gozaba él y sus ministros, como hijos  
 naturales y especiales del Padre celestial, y de su reyno eterno,  
 por la participacion de su divino Sacerdocio.

La fuerza y convencimiento de esta contestacion hizo al lo-  
 eo auxiliante recoger un poco las velas de su jactancioso atrevi-  
 miento, y temiendo verse en otro compromiso, si continuaba con  
 sus objeciones, quiso tomarse tiempo bastante para atacar á mi  
 sabio maestro con mas prevencion; y así trataron todos ellos  
 de levantar la sesion hasta otro dia, diciéndo que ya se hacia tar-  
 de, y se ocasionaba alguna incomodidad á los enfermos, que se  
 hallaban esperando para la refaccion del medio dia. Con esto nos  
 despedimos todos, quedando emplazados para la mañana siguiente.



te, y yo me retiré con el Doctor, que no quería venirse al desafío literario ménos prevenido que su contrario astuto. En la carta inmediata daré à Vd. cuenta de todo quanto ocurra en la discusion que, esperamos, lo que no dexará de aprovechar à muchos de aquellos doctores à la moderna, que tan distantes se hallan de los sólidos y verdaderos principios. Aguardeme Vd. sin falta alguna, segun le he prometido, y entre tanto disponga del buen afecto de este su verdadero amigo que S. M. B.

*El Político Machucho.*